

fuali

FUNDACION ARGENTINA PARA
LA LIBERTAD DE INFORMACION

Síntesis

Buenos Aires, mayo de 2000 - Año 8, N° 18



ALFREDO GRAMAJO GUTIERREZ - Argentina

El otro Mercosur

Cultura

Sociedad civil

Parlamentos

Historia

Educación

Política social

Sindicalismo

Salud

El corte histórico-cultural del 900

El ideologema de la multitud en la ensayística canónica de Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay

Lucila Pagliai*

* Maestría de Estudios del Mercosur - CEA - UBA

En el último cuarto del siglo XIX, las clases dirigentes de los países de la Cuenca del Plata y sus intelectuales orgánicos comenzaron a escribir las historias nacionales con fines didácticos, influidos tanto por las ideas y los instrumentos de la época como por la necesidad de construir una identidad patria con héroes, valores, simbología y destino compartidos.

En esa línea, López y Mitre en Argentina, Rui Barbosa y Capistrano de Abreu en Brasil, Manuel Domínguez y Fulgencio Moreno en Paraguay, y -aunque de manera atípica por hacerlo desde la literatura abiertamente ficcional- Acevedo Díaz y José Zorrilla de San Martín en Uruguay, fueron construyendo los textos-modelo de una historia destinada a consolidar una estética y un imaginario poblados de íconos populares e ideologizaciones favorables al héroe instruido portador de las virtudes nacionales, a la cultura de la ciudad letrada, al litoral y sus puertos, a la civilización frente a la barbarie (Sarmiento como interlocutor forzoso y permanente del pensamiento latinoamericano).

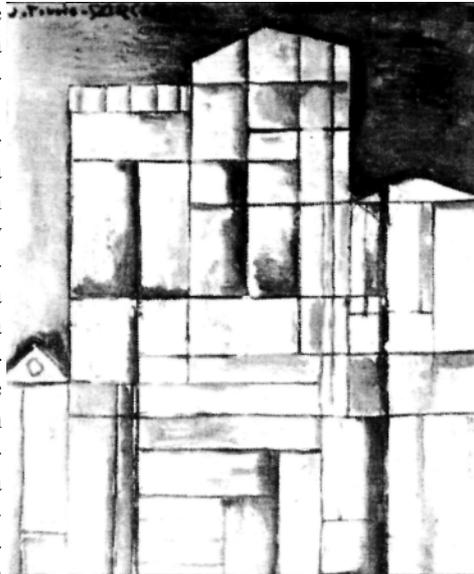
Otras voces ejemplares ingresan en el discurso social de la época: la del revolucionario cubano José Martí, colaborador de La Nación de Buenos Aires entre 1880 y 1883, y la del argentino Joaquín V. González, conservador, riojano, ministro de Roca, funda-

dor de la Universidad de La Plata. En sus artículos de La Nación (1883), José Martí mostraba su fascinación por las multitudes de Nueva York, un fenómeno reciente en la Cuenca del Plata que con las sucesivas oleadas inmigratorias se convertirá en preocupación central de los ensayistas de la época. Aunque crítico de las injusticias sociales del sistema norteamerica-

colectivo: frente al avasallamiento de la ciudad-puerto mercantilista, desprolija, vocinglera, propicia al avance de los parvenus (palabra habitual en la literatura argentina de 1880), exalta el modo de vida de las oligarquías provincianas en tanto depositarias de lo más genuino de la nacionalidad.

En los países de la Cuenca del Plata se vive el auge del positivismo y del darwinismo social, con su impronta biológica evolucionista y la convicción inherente de la superioridad o inferioridad de las razas. Con excepción del Paraguay ("isla rodeada de tierra" por convicción e historia, según Roa Bastos) es también el momento de la irrupción de la inmigración europea masiva y del ingreso de las ideas socialistas y anarquistas cuestionadoras per se del orden vigente; de la presencia avasalladora del "gigante norteamericano" con respuestas nacionales favorables al "panamericanismo" inclusivo o de activo rechazo hacia el "imperialismo sajón"; de la discusión de las célebres Doctrina Monroe y Doctrina Drago -sostenidas respectivamente por los Estados Unidos y por la Argentina- en tanto líneas de política exterior divergentes sobre el destino de las dos Américas y sus relaciones.

Bajo el signo del progreso, Argentina, Brasil y Uruguay adoptan políticas activas de atracción de la inmigración europea e integran sus economías en la división internacional del trabajo. Para canalizar y dar salida a las materias primas, las industrias y



JOAQUÍN TORRES GARCÍA - Uruguay

no, Martí ve en las mezclas étnicas y en la vitalidad de las multitudes de Nueva York un signo positivo del "mundo nuevo" que -como propondrá más tarde en su célebre artículo "Nuestra América"- estará definido por la cultura criolla, mestiza, autóctona, valorizada frente a la europea: en América latina, dice Martí, la verdadera oposición no está entre la "civilización" y la "barbarie" sino entre la "falsa erudición" y la "naturaleza". González, por su parte, apunta en *Las tradiciones nacionales* (1888) otra vertiente del imaginario

los puertos crecen, las ciudades se vuelven cosmopolitas, caóticas, utilitarias; desde el punto de vista de la identidad nacional y el destino del país, nace un nuevo organismo social, vivo, desordenado, tal vez incontrolable que preocupa a las élites: la multitud.

En el corte histórico-cultural del 900, esta idea de multitud se organiza alrededor de dominantes semánticas y valores sociales que responden a preocupaciones compartidas por las élites pensantes: en tanto microsistema semiótico-ideológico recurrente en el discurso, la multitud constituye un ideologema central de los ensayos canónicos de Argentina, Brasil y Uruguay, a pesar de las diferencias sin duda notables de los textos.

Aunque producen sus obras capitales entre 1900 y 1910, los escritores e intelectuales del 900 hablan desde el siglo XIX hacia el XX: en el discurso de los grandes ensayistas de la identidad nacional y americana de la Cuenca del Plata, "nuestro siglo" -y esto es explícito, por ejemplo, en Rodó- es el XIX; el XX es "el porvenir", palabra clave de su pensamiento en tanto testigos lúcidos y críticos de la idea de progreso, y responsables -ante seguidores y antagonistas- de la búsqueda de una racionalidad americana que organizase (encauzase, moldease, controlase, contrarrestase) tanta riqueza virgen, tanta novedad inquietante, tanto asombro, tanto desafío, tanto mundo por construir.

La dialéctica entre "progreso" y "multitud", "democracia" y "educación popular", "cultura superior" y "cultura utilitaria", "derechos cívicos" y "derechos civiles" en el marco del destino de grandeza que la América ibérica podía esperar, tiñe de una u otra

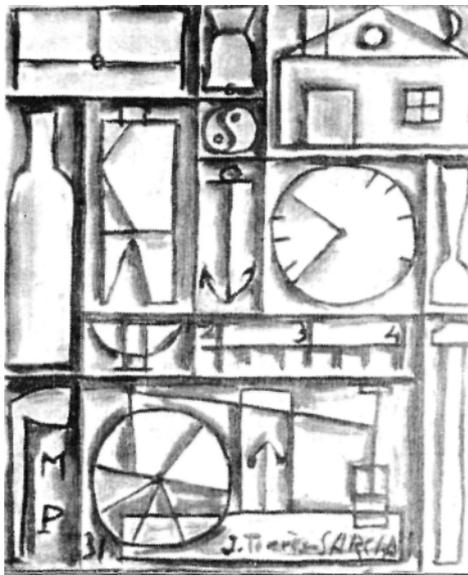
manera, la obra de José María Ramos Mejía, José Ingenieros, Manuel Gálvez, Octavio Bunge en la Argentina; la de Joaquim Nabuco, Euclides da Cunha, Manoel Bonfim en el Brasil; la de José Enrique Rodó en el Uruguay. Aunque también tributarios del positivismo científico -como lo es el mismo Rodó, a pesar de su estrategia discursiva notoriamente separada del resto de la cohorte-, las preocupaciones de los ensayistas del 900 en el Paraguay de la posguerra de la Triple Alianza son otras: reafirmar en lo geográfico, en lo histórico, en lo cultural, las

Mejía, médico, interesado como muchos de sus colegas y discípulos de la época (Ingenieros, entre otros) en la aplicación de los métodos de las ciencias naturales y del evolucionismo biológico al estudio de la sociedad. En este ensayo -de fuerte impronta psiquiátrica inspirada en las teorías de Gustave Le Bon (*Lois psychologiques de l'évolution des peuples*, 1894) -, Ramos Mejía aparece fascinado por el fenómeno internacional de la muchedumbre: le interesan tanto su fisonomía como las causas imperiosas y oscuras que la han movido a lo largo de la historia patria (el virreinato, la emancipación, el rosismo); le preocupa su encauzamiento en el nuevo país de los "tiempos modernos". Dice:

"Si el hombre moderno de las sociedades europeas, que aislado es culto y moderado, se muestra tan bárbaro cuando constituye muchedumbre, ya os imagináis cómo serán las multitudes americanas formadas por ese elemento más instintivo y más violento, más sujeto a los entusiasmos y a los heroísmos de los seres primitivos." (p. 10). "Producido un hecho político o social, grande o pequeño (un número dado de individuos), se sienten solicitados por una secreta tendencia a buscarse para sentir y moverse en común, como si uno necesitara del complemento del otro." (p. 11)

Al hombre de las multitudes, "deberíamos más bien llamarle el hombre-carbono, porque en el orden político o social desempeña, por su fuerza de afinidad, las funciones de aquél en la mecánica de los cuerpos orgánicos." (p. 15).

Para Ramos Mejía, hay multitudes estáticas (asambleas, teatros, cámaras) y multitudes dinámicas que circulan por las calles:



JOAQUÍN TORRES GARCÍA - Uruguay

condiciones de viabilidad de la patria paraguaya; empresa que la obra de Ignacio Pane testimonia de manera ejemplar.

Oligarquía y multitudes argentinas

Para comenzar con esta comparación de ideas, pasiones, búsqueda, ingenio, sinceridad y ocultamiento, lucidez argumentativa y provocación que es en definitiva el ensayo, me ocuparé de *Las multitudes argentinas*, libro escrito en los últimos años del siglo XIX por el argentino José María Ramos

“ejércitos, hordas, montoneras” que pueden atravesar por estados de “violenta excitación” (p. 203). Su desprecio por la inmigración italiana, nutriente principal de las multitudes estáticas y progenitura directa del argentino guarango, es impactante; fiel a la teoría evolutiva y a la selección de la especie, Ramos Mejía confía en que tres generaciones bastarán para que el guarango –“tan es un tipo de transición social”– desaparezca:

“Lo que en materia de gusto y de arte (‘color vivísimo’, ‘música chillona’, ‘ropa barroca’, ‘perfumería sui generis’) se le ocurre a un guarango, sólo un invertido puede pensarlo.(...) Ha recibido las bendiciones de la instrucción en la forma habitual de inyecciones universitarias; pero es un mendicante de la cultura; su corteza aún demasiado áspera por su proximidad al patán, su abolengo inmediato, resiste al vernissage que debe hacer el hogar de tradición, y a falta de él, la cultura universitaria, cuando no es simplemente profesional y utilitaria como la nuestra. Por eso, aun cuando lo veáis médico, abogado, ingeniero o periodista, le sentirás a la legua ese olorillo picante al establo y al Asilo de guarango cuadrado, de los pies a la cabeza.” (p. 197)

Para Ramos Mejía -miembro destacado de la clase dirigente, buscador de soluciones y no mero comentarista de la acción- la educación popular, laica, estatal, y una democracia amplia en lo social, restringida en lo político, aparecen como los instrumentos más idóneos para el dominio de las multitudes y la integración nacional de los inmigrantes. En síntesis: instrucción, esparcimien-

to y religión para todos; voto, calificado. Dice:

“Yo siempre he adorado las hordas abigarradas de niños pobres, que salen a sus horas de las escuelas públicas en alegre y copioso chorro, como el agua por la boca del caño abierto de improviso, inundando la calzada y poblando el barrio con su vocerío encantador. (...) La primera gene-



JUAN MANUEL BLANES - Uruguay

ración es, a menudo, deforme y poco bella hasta cierta edad; (...) En la segunda ya se ven las correcciones que empieza a imprimir la vida civilizada y más culta que la que traía el labriego inmigrante. (...) Hay que observar a los niños de los últimos grados, para ver cómo de generación en generación, se va modificando el tipo de inmigrante hecho gente.” (p. 194-195)

En lo que hace a los valores que emergen de esa sociedad abigarrada, Ramos Mejía comparte con sus pares una visión crítica del mercantilismo utilitario que parece recorrerla (“este gris achataamiento político e intelectual en

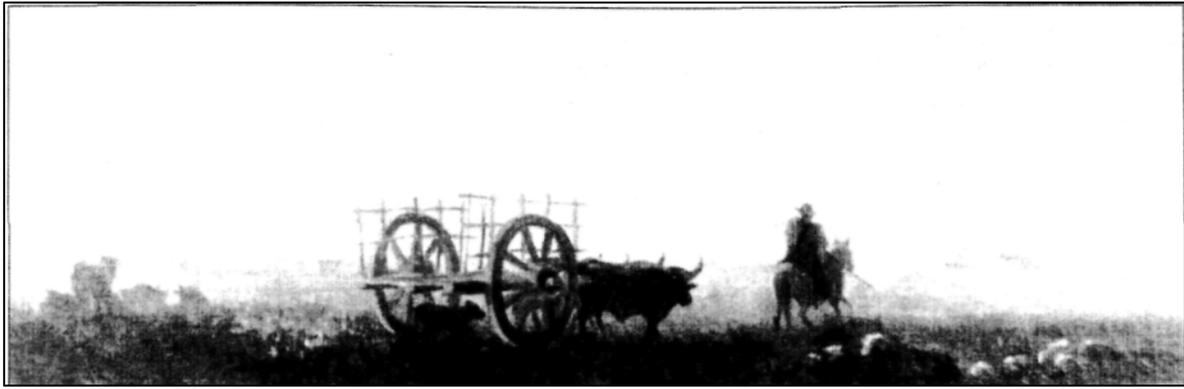
que vive”; “ese corte fenicio que va tomando la sociedad metropolitana”; p. 217), aunque a diferencia de muchos, asegura tener confianza en el futuro y ser un optimista social.

Ramos Mejía -positivista, determinista biológico, conservador, elitista, oligarca al fin- concluye el ensayo con una lúcida advertencia: “temo que el día que la plebe tenga hambre, la multitud socialista que se organice sea implacable y los meneurs que la dirijan representen el acabado ejemplar de esa canalla virulencia que lo contamina todo.” (p. 218). Casi un vaticinio del “fenómeno maldito” del que hablará John William Cook, medio siglo más tarde, en su nutrida correspondencia con Juan Domingo Perón.

Las muchedumbres de Próspero

Por organización del discurso, lugar de la enunciación, práctica de escritura, destinatarios de la argumentación y algo tan intangible y ambiguo como la “generosidad ideológica”, nada en apariencia tan alejado del positivismo de *Las multitudes argentinas* que *Ariel*, ensayo fundante de una de las formas de la utopía americana, que el uruguayo José Enrique Rodó publica en 1900. Sin embargo, en él aparecen las mismas ideas epocales de “muchedumbre” y “educación popular”, de “supremacía cultural” y “aristocracia”, de “aluvión migratorio” y “democracia débil”, en diálogo con las tesis deterministas que las sustentan, relativizadas por el vuelo propositivo del ensayo y embellecidas por los valores de su prosa literaria.

Para Rodó, en los albores del siglo XX, el porvenir de América



JUAN MANUEL BLANES - *Uruguay*

no está ya en manos de dirigencias caducas sino en manos de la juventud; una juventud que rompiendo con el utilitarismo y la ideología individualista del éxito y el lucro -a los que Rodó ve encarnados de manera suprema en los Estados Unidos-, tiene por delante el desafío de construir en la América hispánica la sociedad de los mejores, a partir de ideales francamente humanistas como la igualdad, la justicia, la belleza, la solidaridad.

Para Rodó, la democracia y la ciencia -pilares insustituibles de la civilización occidental en tanto síntesis valiosa de Atenas y del Cristianismo primitivo- son los únicos reaseguros capaces de garantizar la emergencia de esa cultura superior y la primacía de los mejores, a través de la igualdad de derechos y oportunidades en una América donde: el “presuroso crecimiento de nuestras democracias por la incesante agregación de una enorme multitud cosmopolita” y “la afluencia inmigratoria, que se incorpora a un núcleo aún débil”, “nos expone en el porvenir a los peligros de la degeneración democrática, que ahoga bajo la fuerza ciega del núcleo toda noción de calidad.” (p. 43)

En este modelo americano de democracias frágiles, aspiraciones mercantilistas y muchedumbres abigarradas, para Rodó -como

para Ramos Mejía-, la educación popular tiene su espacio privilegiado, insustituible, como puerta abierta a la superación individual y colectiva:

“Es en la escuela, por cuyas manos procuramos que pase la dura arcilla de las muchedumbres, donde está la primera y más generosa manifestación de la equidad social, que consagra para todos la accesibilidad del saber y de los medios más eficaces de superioridad.” (p. 52) “El verdadero, el digno concepto de la igualdad, reposa sobre el pensamiento de que todos los seres racionales están dotados por naturaleza de facultades capaces de desenvolvimiento noble.” (p. 52-53) “El deber del Estado consiste en predisponer los medios propios para provocar, uniformemente, la revelación de las superioridades humanas, dondequiera que existan. De tal manera, más allá de esta igualdad inicial, toda desigualdad estará justificada, porque será la sanción de las misteriosas elecciones de la Naturaleza o del esfuerzo meritorio de la voluntad.” (p. 53)

Aunque sin superar las limitaciones del horizonte intelectual de su época -la idea implícita de la superioridad de ciertas razas y religiones, el temor al aluvión inmigratorio, los peligros de la democracia amplia en pueblos de nacionalidad endeble-, la fe de Rodó en la juventud americana

convirtió al arielismo en una suerte de filosofía (reducida e ideologizada) que, en años posteriores, fue fuente de inspiración para los discursos transformadores de las nuevas generaciones.

Tal el caso notorio de la Reforma Universitaria iniciada en Córdoba en 1918 por los jóvenes estudiantes con manifiestos insuflados de una retórica del cambio iconoclasta, apoderada del porvenir: “La juventud vive siempre en trance de heroísmo. No ha tenido aun tiempo de contaminarse. No se equivoca en la elección de sus propios maestros”, dicen con desenfado y segura soberbia, alentados por el avance de las muchedumbres, hartos de la contención despreciativa de clases dirigentes “fariseas”, portadoras de “una paavorosa indignancia de ideales”.

La propuesta tan atractiva de incendiar el mundo de los claustros (“refugio secular de los mediocres”) tuvo resonancias inmediatas en las juventudes de Uruguay, Chile, Perú, México y Cuba, e irradiación posterior en las universidades de Paraguay, Bolivia, Ecuador y Venezuela.

En los documentos liminares del movimiento, es interesante ver cómo la proclama de la Reforma se constituye en discurso a partir del reconocimiento de un colectivo americano estrictamente generacional: “La juventud argentina de Córdoba a los hombres libres

de Sud América” está escrita por y desde los jóvenes para hablar de su capacidad de transformar las estructuras obsoletas, de imponer el pluralismo y la calidad de lo nuevo, de ser ellos mismos los que elijan quiénes los acompañen en la imaginación de un futuro que los tiene como protagonistas insustituibles. Reconocido o no Rodó como maestro y su *Ariel* como intertexto, en el tono, la vocación y el mensaje de ese discurso juvenil resuenan la voz de Próspero y el “entusiasmo generoso” del genio alado de Ariel, “móvil más alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia” (p. 1-2).

Civilización y barbarie en Os sertões

Aunque por motivaciones y con objetivos diversos, también al brasileño Euclides da Cunha preocupan por entonces temas semejantes a los de *Las muchedumbres argentinas* y *Ariel*, y dispone para analizarlos del mismo andamiaje crítico que le proporcionaban el positivismo científico y el darwinismo social: la configuración étnica de la sociedad brasileña, el papel de las multitudes y sus caudillos o meneurs, la posibilidad de la democracia, los alcances de la educación, el destino de la República.

Sin embargo, las circunstancias que lo llevan a escribir su monumental ensayo *Los sertones*, aparecido en 1902, son más trágicas y dilacerantes que las que motivaron las reflexiones contemporáneas de sus pares de la Cuenca del Plata.

Euclides da Cunha, aunque republica-

no activo y convencido, participaba de la idea arraigada en el imaginario brasileño de que la monarquía lusitana había protegido al país del caos sangriento y las luchas caudillescas de los países hispánicos fronterizos, habiendo por eso logrado conservar la unidad del Brasil imperial, ahora República. A pesar de las virtudes aperturistas del nuevo orden, Da Cunha temía que el “remanso aislacionista” del Imperio desembocara en la “peligrosa solidaridad sudamericana”; Argentina y Uruguay le despertaban extrema desconfianza.

En 1897, a poco de declarada la República brasileña, se produce la primera expedición militar contra los habitantes de Canudos, pueblo precario del sertón baiano, liderado por el extraño Antonio Maciel, llamado Conselheiro. Euclides da Cunha, militar, ingeniero y periodista republicano, asiste como corresponsal del diario O Estado de São Paulo: desde las tiendas de la comandancia militar, ve cómo el poderoso ejército regular de la República es sistemáticamente rechazado por un grupo creciente de menesterosos, agrupados alrededor de la figura rebelde del apóstol apóstata. Ve también cómo, ese mismo ejército,

finalmente, los extermina.

La importancia de *Los sertones* de Da Cunha en la cultura brasileña es semejante a la del *Facundo* de Sarmiento en la cultura argentina, o a la del *Ariel* de Rodó en la cultura uruguaya: con cincuenta años de diferencia -*Facundo* es de 1845, *Los sertones* de 1902- ambas obras ocupan en el imaginario colectivo de sus respectivos países el lugar indiscutido del gran ensayo de la identidad nacional: poco leídas pero siempre presentes en las bibliotecas y en las referencias, despiertan odios y amores, y al hablar de temas nacionales, resulta imposible ignorarlas ya sea para acordar o para disentir. Más allá de esta coincidencia en la recepción, ambos textos ofrecen algunas peculiaridades que favorecen otro tipo de comparación.

Desde el punto de vista de la organización de los contenidos, y con el fin de mostrar la estrecha relación entre el hombre y el medio, *Los sertones* se inicia con capítulos de acercamiento geográfico, etnográfico y social al personaje y al tema semejantes al *Facundo*, habiéndose Sarmiento inspirado a su vez en ese aspecto en la obra de historiadores de la época como Taine y Tocqueville (cfr. especialmente *La democracia en América* aparecida pocos años antes).

Sin embargo, a pesar de esta semejanza organizativa y en apariencia de propósitos, no sólo cincuenta años y el hecho de que uno se enrola en la corriente romántica y el otro en el naturalismo, separan a *Facundo* de *Los sertones*: hay algo más profundo y estructural, ligado



CARL OS FEDERICO SÁEZ

con el lugar de la enunciación; es decir, desde dónde y con qué objetivos Sarmiento y Da Cunha construyen y despliegan su argumentación.

Sarmiento escribe su libro contra Rosas en folletín por entregas, en el exilio, desde una terca esperanza, postulándose con un proyecto propio de organizador nacional para los tiempos de paz. En ese marco, las relaciones del hombre con su medio, los tipos gauchos, el desierto, la personalidad tortuosa de Quiroga y sus anécdotas aberrantes, le sirven para hostigar a los caudillos -es decir, a la barbarie-, en tanto líderes del proyecto político opositor, por el momento triunfante, que obstaculiza no sólo su idea de civilización sino su marcha hacia el poder.

En cuanto a Da Cunha, sin proyecto político propio de tamaña envergadura, escribe su libro desde el lugar del intelectual progresista brasileño de las grandes capitales, crítico, agudo, comprometido con la transformación de su país.

Al ajustarse, en tanto intelectual a los cánones de su época -el positivismo como ideología, el naturalismo como escritura-, sus tesis sobre el sertón y sus habitantes no pueden ser otra cosa que francamente deterministas: de esa geografía vasta, seca y hostil, y de ese conglomerado humano que condensa "el oscurantismo de tres razas" -la portuguesa, la indígena y la negra-, sólo pueden surgir la miseria, la ignorancia, la superstición, los bajos instintos, las fuerzas reaccionarias (es decir, la acepción más lineal de la barbarie); cabe en cambio a las ciudades abiertas, marítimas, portuarias y a los gobernantes republicanos realizar la esperanza

del nuevo orden y el progreso recientemente conquistado (es decir, la civilización).

En la visión de la época, Antonio Maciel, el Conselheiro, es un loco, un santón marginado de la sociedad nordestina, "un viejo de 30 años" que, dadas las características del medio rural en que se mueve, arrastra las multitudes del sertón, funda con ellas el pueblo precario de Canudos e instala allí su propia ley civil y religiosa; sin apetencias ni posturas políticas claras, Antonio Conselheiro se había declarado alguna vez monárquico, el peor de los calificativos del momento en una sociedad oportunamente conversa.

Fascinado por el personaje y el fenómeno inquietante de esa multitud de enajenados como organismo vivo, como colectivo social autónomo, inmanejable y extraño, Euclides da Cunha ve a Antonio Maciel y a su locura como una función de las lacras del sertón:

"La multitud le ahorra el indagar torturante acerca de su propio estado emotivo, el esfuerzo de una introspección delirante con la que la locura envuelve a los cerebros deprimidos. La multitud lo remodelaba a su imagen. Lo creaba. Le ensanchaba el panora-

ma de su vida lanzándole adentro los errores de dos mil años. Necesitaban a alguien que personificase su indefinida idealización y los guiase por los caminos misteriosos de los cielos.

El evangelizador nació, monstruoso autómata. Como dominador fue un títere. Actuaba como ente pasivo, como una sombra." (107)

Primero desde Salvador de Bahía y luego desde Río de Janeiro y las ciudades del sur, Antonio Conselheiro y el reducto de Canudos son vistos como una amenaza a la sociedad republicana. Se decide entonces la intervención masiva de tropas regulares, pero luego de cuatro campañas desastrosas, Canudos aún resiste y sus habitantes -calificados por la prensa como jagunços y menesterosos- son brutalmente exterminados por un ejército civilizador que incendia casas y fusila prisioneros.

La historia invierte los términos y el determinismo de da Cunha tambalea: ¿quiénes los ciegos y violentos? ¿de qué valores e ideales es portadora la ciudad costera? ¿cuáles el orden y el progreso republicanos? Llevado por los acontecimientos, y en tanto intelectual brasileño sin otro compromiso político

que con la propia ética, Euclides da Cunha va transformando el ensayo cauto, aséptico, descriptivo, determinista de los primeros capítulos en otro dubitativo, indagador, atormentado por nuevas dudas y certezas. Y es ahí, en el conflicto entre el ordenamiento tranquilizador del determinismo inicial y el testimonio cuestionador, dilacerante, de una realidad final inesperada y fuera de control, donde el libro de da Cunha cobra su dimensión de búsqueda



CARLOS FEDERICO SÁEZ - Uruguay

dramática, desorientada, de la identidad, el destino y las glorias nacionales:

“Cerremos este libro. Canudos no se rindió. Ejemplo único en toda la historia, resistió hasta el agotamiento completo. Expugnada palmo a palmo, en la precisión íntegra del término, cayó el día 5, al atardecer, cuando cayeron sus últimos defensores, cuando todos murieron. Eran sólo cuatro: un viejo, dos hombres y un niño, al frente de los cuales rugían rabiosamente cinco mil soldados. Obviemos la tarea de describir sus últimos momentos. No podríamos hacerlo. (...) Además, ¿no desafiaría la credulidad del futuro narrando incidentes donde se mostrasen mujeres precipitándose en las hogueras de sus propias casas, abrazadas a sus pequeños hijos? ¿Y de qué modo comentaríamos, con la fragilidad de la palabra humana, el hecho singular de no aparecer más, desde la mañana

del 3, los prisioneros sanos tomados el día anterior (...)? La aldea cayó el día 5. El 6 terminaron de destruir y dismantelar las casas. Cinco mil doscientas, cuidadosamente contadas.” (381-382)

En el *Facundo* la barbarie son los otros y la civilización la propia utopía redentora. Como si medio siglo después terminase una historia americana que el *Facundo* había dejado abierta, en *Los sertões* civilización y barbarie se confunden. Al volverse denuncia y advertencia para sus compatriotas, el ensayo de Euclides da Cunha se vuelve también rabia, desasosiego, desafiante incógnita: si no es en la resolución de esa antinomia donde hay que buscar la grandeza brasileña, entonces, ¿dónde?

A pesar de la evidente inserción

de *Os sertões* en la ideología del pesimismo -tributaria del darwinismo social del 900 con su concepción perimida de las razas y su sesgo ideológico paternalista y



PEDRO FIGARI - Uruguay

colonial-, esta pregunta gritante de Euclides da Cunha explicaría, a mi entender, la presencia continuada, viva, de la obra en el imaginario colectivo del Brasil: cíclicamente reforzado en su vigencia testimonial y crítica por las actuaciones del

poder frente a la aparición periódica de nuevos Canudos, el ensayo de Da Cunha sigue apuntando a las dirigencias brasileñas y a sus intelectuales orgánicos en tanto práctica de escritura contra el olvido de una realidad aún no saldada.

El Paraguay

Aunque con las mismas fuentes e instrumentos que sus pares de Argentina, Brasil y Uruguay, al paraguayo Ignacio Pane le preocupan, en esa misma época, cuestiones muy diferentes. En sus tra-

bajos, la retórica y la argumentación tienen objetivos patrióticos: mostrar las ventajas de la geografía paraguaya, destacar las bondades de la tierra y sus productos, exaltar las virtudes de sus pobladores y de la raza guaraní.

En sus *Ensayos paraguayos*, el relieve, el clima, los ríos, la fauna, la flora, todo es favorable:

“Confrontando las diversas opiniones expuestas se desprende que el clima paraguayo tiende a ser más bien seco que húmedo, llenando las condiciones ideales proclamadas por Spencer, pero sin faltarle ni mucho menos el factor lluvia. De aquí la transpiración cutánea y sus inapreciables ventajas higiénicas, en el país.” (p. 85).

“Todos los que nos conocen de visu observan que el pampero de la Argentina llega al Paraguay con su fresca pero sin sus estragos, agradable en verano, templado en invierno.” (p. 87)

Cierto, el Paraguay comparte la experiencia de las Misiones jesuíticas con sus vecinos; pero los guaraníes “que auxiliaron a la defensa de los españoles del coloniaje, salían del Paraguay”, señala Pane. En cuanto a los “caracteres psíquicos de los guaraníes”, Pane los asimila a las bondades actuales del pueblo paraguayo, citando como autoridad a su contemporáneo el ensayista Manuel Domínguez y teniendo siempre la guerra del 65 como telón de fondo:

“El paraguayo ‘era superior al porteño, al criollo y al español; no es sanguinario, es sufrido; astuto y alegre. Era menos fanático que otros americanos. Era idólatra de su independencia. Había entre ellos muchos pequeños propietarios y

pocos analfabetos, así como en todos orgullo nacional'. Cada una de estas afirmaciones del Dr. Domínguez -prosigue Panelo- prueba bellamente para explicar el heroísmo paraguayo, que no necesita demostración.” (p. 93-94)

En el marco del orgullo y las dificultades de “la doble raíz” y de la peculiar historia patria -atenazada

entre profecías de destino heroico, hombres providenciales, guerras atroces y fronteras lábiles con vecinos poderosos-, el discurso de Pane, como el de la mayoría de los ensayistas paraguayos de la identidad, tiene destinatarios claros (internos y externos) y está construido para transmitir una suerte de subtexto que podría resumirse así: el Paraguay es bello, fértil, culto, amable y heroico, original, primigenio, trascendente en su historia, viable como país; todo, en síntesis, justifica la perduración del pueblo paraguayo, la presencia de un estado, la constitución de una nación, la defensa a



PEDRO FIGARI - Uruguay

ultranza de su singularidad.

Después del 900

Ya entrado el siglo XX, otras preocupaciones recubren las preguntas sobre la identidad nacional y el destino sudamericano: se asiste al crecimiento de la clase media urbana, a la maduración de los movimientos obreros y de otros sectores sociales, a la popularización de formas inéditas de producción y recepción cultural, a avances significativos en el campo de la ciencia y la tecnología, a la aparición de nuevas prácticas políticas.

La Revolución Mexicana, la

Guerra del 14 y la Revolución de Octubre varían los ejes de la historia: urbi et orbi se avencinan (se intuyen, se detectan) profundos cambios de alcance colectivo en el accionar de los estados, en las relaciones internacionales, en el ejercicio insospechado de la violencia, en el orden social vigente.

En ese contexto de incertidumbres

y perplejidades, el sueño de la utopía americana vuelve a cobrar vigor: en la Cuenca del Plata, otra generación de ensayistas de la identidad argentinos, brasileños y uruguayos emprenden (de manera crítica, conflictiva, diversa, a veces antagónica) la búsqueda de una “expresión americana” y una lectura de la historia que legitime las peculiaridades de la propia cultura, y apuestan a la vitalidad de la diferencia para superar las dificultades del presente. Paraguay, diverso en sus preocupaciones y conflictos y dilacerado años más tarde por la Guerra del Chaco, transitará por otros caminos.♦

BIBLIOGRAFÍA

CÁNDIDO, Antonio. *Ensayos y comentarios*. México-São Paulo. Fondo de Cultura Económica/ Editora da UNICAP, 1995 (especialmente Parte III).

CLEMENTI, Hebe et al. *La dimensión cultural del Mercosur*. Buenos Aires, Ediciones del CEA/CBC, UBA, 1996.

CROS, Edmond. “Pour une rédefinition de la notion d'idéologème”. En: *D'un sujet à l'autre: Sociocritique et psychanalyse*. Montpellier, Etudes Sociocritiques, 1995.

DA CUNHA, Euclides. *Los sertones*. Prólogo, notas y cronología de Walnice Nogueira Galvão. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980.

GARCÍA CANCLINI. Néstor. *Cultu-*

ras híbridas: estrategias para entrar y salir de la Modernidad. México, Grijalbo, 1989.

LARRAIN IBÁÑEZ, Jorge. *Modernidad, razón e identidad en América latina*. Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1996.

MOREIRA LEITE, Dante. 1992. *O caráter nacional brasileiro. História de uma ideologia*. Sao Paulo, Editora Ática, 1992 (especialmente cap. 9 y 11).

PANE, Ignacio. *Ensayos paraguayos. “Estudio preliminar” de José Natalicio González*. Buenos Aires, Editorial Jackson, Colección Panamericana, 1946.

RAMOS MEJÍA, José María. *Las multitudes argentinas*. Buenos Aires, Editorial

TOR, 1956.

RODÓ, José Enrique. Ariel. “*Estudio preliminar*” de Alberto Zum Felde. Buenos Aires, Editorial Jackson, Colección Panamericana, 1946.

ROMANO, Eduardo. *Voces e imágenes en la ciudad. Aproximaciones a nuestra cultura popular*. Buenos Aires, Ediciones Colihue, 1993 (especialmente cap. III y IV).

ROMERO, José Luis. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1986, 4a. ed. (especialmente cap. 5 y 6).

TERÁN, Oscar. *El Positivismo en Argentina*. Buenos Aires. Punto Sur, 1987.